



LA CATEDRÁTICA DE LITERATURA ESPAÑOLA de la **Universidad de Barcelona** regresa con “Notre Dame de la Alegría” (Ediciones Siruela) a la fascinante figura de Maruja Mallo, sobre la que en 1995 escribió su primera novela. Hoy, a las 19.30 horas, se presenta en la Fundación Luís Seoane

Ana Rodríguez Fischer | “Maruja Mallo supo leer e interpretar muy bien nuestra tradición pictórica”

X. FANDIÑO FERROL

Hace treinta años, Ana Rodríguez Fischer –Vegadeo, 1957– publicó su primera novela, “Objetos extraviados”, una obra sobre una de las artistas más fascinantes del siglo XX español, la viveirense Maruja Mallo. Tres décadas después, la catedrática de Literatura Española en la **Universidad de Barcelona** reenfoca ese trabajo con el que había conseguido el premio Lumen en “Notre Dame de la Alegría” (Ediciones Siruela), que se presenta hoy en la Fundación Luís Seoane.

“Notre Dame de la alegría” es una cuenta pendiente que tenía desde hace treinta años?

No, la verdad es que no. En este tiempo fueron surgiendo otros proyectos y además estaba centrada en otro libro que, con lo del premio Café Gijón, quedó aparcaado por los diferentes compromisos. Fue Ofelia Grande, la directora de Siruela, la que me propuso rescatarla. Ahí tenía la posibilidad de dársela tal cual, con apenas revisiones; pero, claro, yo no quería porque era consciente de una serie de elementos y de aspectos que, con el tiempo, tampoco me convencían. Uno de ellos es que yo, entonces, era más dogmática con el uso de la primera persona y los soliloquios y la rememoración. Yo salía de una etapa en la que había estado muy metida en todo ese mundo y todas las referencias, todas las imágenes, todas las asociaciones me salían a borbotones con naturalidad y claridad. Lo que hice ahora fue ponerme del otro lado de la mesa, leerme con distancia, esponjar más la novela, abrir estas referencias, aclararlas, enfriarlas un poco. Por otro lado, yo

no seguí investigando sobre Maruja Mallo más que aquello que buenamente aparecía. Además, de aquella primera aproximación tenía una serie de materiales que tampoco aproveché en todas sus posibilidades –por esa razones del soliloquio y del monólogo interior–, algunas de ellas me parecían interesantes, les di cabida, las desarrollé más, como, por ejemplo, todo lo que tenía que ver con sus trabajos escenográficos, con sus decorados para pequeñas piezas teatrales de Alberti, de Alfonso Reyes en homenaje a Lorca, de Miguel Hernández, o el episodio del Clavileño: releí esos capítulos de “El Quijote” con más calma y vi que había una serie de elementos que preludaban la atmósfera de España de julio de 1936... Ahí están también la estancia con Neruda en la isla de Pascua, con esas fotos tan icónicas de ella cubierta de algas, o lo de Warhol. Eran todos aspectos que me apetecía incluir y que ensanchaban e impulsaban la figura de Maruja.

¿Qué tiene de fascinante Maruja Mallo? ¿Qué tenía entonces, cuando publicó “Objetos extraviados”, y qué sigue teniendo ahora, treinta años después?

En primera instancia, lo que me fascinó fue su obra. Una obra vertiginosa, de 1925 a 1936, diez años muy fecundos, muy fructíferos, y muy poliédricos; años de estar en la puntera de la vanguardia, de asimilar o de incorporarse a los distintos “ismos”, desde el neopopularismo inicial de las verbenas a todos los elementos propios de las vanguardias, el culto al deporte, el maquinismo y, por supuesto, la etapa surrealista. Pero después también la incorporación a los Ibéricos, al grupo de Benjamín Palencia



Rodríguez Fischer presenta el libro en la Fundación Luís Seoane | CEDIDA

Me fascinó su obra, una obra vertiginosa, entre 1925 y 1936, una década muy fecunda, muy poliédrica

de su paleta.

En su obra, ¿de qué manera se refleja Galicia?

Ella acentuaba mucho esa raíz galaica; de hecho, apenas mencionó el paso por Avilés y la estancia en Asturias. Para ella, primero es Galicia y Madrid, las metrópolis, la ciudad moderna en general. Dentro de ese personaje que se fue construyendo y que también fue cambiando y variando, de alguna manera lo galaico, lo gallego, le gustaba particularmente porque entroncaba también con ciertas facetas de la imaginación, de la creatividad, dentro de esta raíz de corte cunqueiriana: más fantasía, menos realista, las tradiciones y las leyendas, ese realismo mágico que también tenía un sustrato muy claro con toda la cultura celta y gallega.

¿Qué supuso para ella y su entorno el golpe de 1936?

Yo diría que fue un hachazo porque supuso la interrupción, la inconexión, la cesación de todo esto. Pienso en esa serie que hizo con esos fotomontajes y los collages a lo Max Ernst, donde se fotografía de blanco dentro de un tonel, con calaveras. Es una

Ella acentuaba mucho esa raíz galaica porque entroncaba con ese realismo mágico de corte cunqueiriano

crónica de la represión en Galicia que ella mandó desde Buenos Aires y que publicó La Vanguardia en 1937.

¿Todavía está Maruja Mallo en un segundo plano en cuanto a reconocimiento?

Está mejor que hace treinta años, que prácticamente no había nada. Apareció una biografía, la incluyeron en el movimiento “sin sombrero” y eso ya fue un paso notable. Otra cosa es una exposición. Es decir, es relativamente fácil rescatar a un escritor y reeditar su obra, pero no lo es tanto hacer una antológica y adquirir piezas que estaban en paradero desconocido. Ahora, con la muestra coproducida por la Fundación Botín y el Reina Sofía espero que sea una presencia ya inamovible, una referencia inexcusable. ●

y de Alberto Sánchez. Tenía esa versatilidad, pero sobre todo esa fuerza y también su singularidad como persona y como mujer.

De todos los intelectuales y artistas con los que compartió vivencias, ¿cuál cree que fue el más influyente para ella?

Ella siempre habló muy bien, y por eso le di un poco más de cabida, cuando eran compañeros en San Fernando, de Dalí. Primero fue la amistad con él y Lorca, antes de conocer a Alberti y a todos los que vinieron después, a todos los que estaban alrededor. Creo que ella supo leer e interpretar muy bien nuestra tradición pictórica, es decir, los grandes nombres: Goya, Picasso e incluso El Greco, que puede parece muy alejado, pero en los colores de las verbenas me parece ver reflejos